

Ideas americanistas y liberalismo en dos crónicas de Alberto Blest Gana

*Americanist ideas and liberalism in two chronicles by
Alberto Blest Gana*

Dra. Laura Janina Hosiasson

Doctora Laura Janina Hosiasson (Santiago de Chile, 1958) es profesora de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de São Paulo desde 2002. Escribe, publica y orienta trabajos sobre literatura chilena e hispanoamericana y se concentra actualmente en un proyecto de libro sobre toda la obra de Alberto Blest Gana.
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2608-0873>
Contato: lhosiass@uol.com.br
Brasil

Recebido em: 31 de julho de 2024
Aceito em: 24 de agosto de 2024

KEYWORDS: Nineteenth
Century Latin American
Liberalism; Latin American
Unions; Alberto Blest Gana.

PALABRAS-CLAVE:
Liberalismo hispanoamericano
decimonónico; Uniones
americanas Alberto Blest
Gana.

PALAVRAS-CHAVE:
Liberalismo hispano-
americano; século XIX;
Unões latino-americanas;
Alberto Blest Gana.

Abstract: In two of Alberto Blest Gana's twelve chronicles published in the newspaper *La voz de Chile* in 1862, he vividly comments about Liberalism and the creation of Latin American Unions against European political and economical Interventions in the Area. Those are rare opportunities to dig into this polemicist facet of the Chilean Novelist who scarcely wrote elsewhere about his political and ideological positions in a direct way.

Resumen: En dos de las doce crónicas que Alberto Blest Gana publicó en *La voz de Chile* en 1862, tejió animados comentarios con respecto al Liberalismo y las Uniones Americanistas que se creaban contra los ataques a las soberanías regionales desde Europa. Se trata de las muy escasas oportunidades en las que se puede observar la faceta polemista del novelista chileno, escribió que muy poco escribió sobre sus posiciones políticas e ideológicas de manera directa.

Resumo: Em duas das doze crônicas que Alberto Blest Gana publicou no jornal *La voz de Chile* em 1862, ele se pronunciou animadamente a respeito do Liberalismo e da criação de Uniões Americanistas contra os ataques europeus às soberanias nacionais na região. Trata-se das muito raras oportunidades em que observamos a faceta polemista do romancista chileno que poucas vezes escreveu sobre suas posições políticas e ideológicas de forma direta.

El más grande y prolífico novelista chileno no fue dado a emitir sistemáticamente su juicios e ideas con la constancia y empeño como lo hicieron muchos de sus contemporáneos latinoamericanos. Sus posiciones generales sobre política, economía, cultura y lo que aquí nos ocupa —que podríamos definir como un pensamiento americanista—, pueden ser rastreados al inicio de su trayectoria en las veintidós crónicas o “artículos de costumbres” que publicó en diarios santiaguinos de forma intermitente entre 1853 y 1864¹. Estos escritos fueron el espacio donde, a partir del acontecer diario y las novedades ciudadanas, el cronista emitía sus juicios y se posicionaba con ironía y cierto distanciamiento, sin necesidad de profundizar en nada, verificando tipos y conjuntos sociales. De pronto, se trataba del cambio de ministerio aguardado durante semanas y de ahí se saltaba a las fiestas y tertulias que aplacaban un poco la abulia de la capital cuyos bostezos el cronista lamentaba. En estas páginas se articulaba de alguna manera el proyecto del escritor maduro.

Fuera de estas crónicas, sólo en dos oportunidades expresó de manera directa su opinión respecto de la literatura nacional y temas afines. La primera, en el artículo “De los trabajos literarios” publicado el 11 de junio de 1859 en *La semana* y después, en su conocido discurso “La literatura chilena: algunas consideraciones sobre ella” de 1861. Vale la pena detenernos

1 Reunidas por primera vez por José Zamudio, en 1947 con el sugestivo título de *Costumbres y viajes. Páginas olvidadas*, habían quedado fuera las doce entregas de 1862 para *La voz de Chile*. Fue Raúl Silva Castro quien, en 1956, realizó la última recopilación integral de toda la producción de Alberto Blest Gana fuera de sus novelas, en un volumen titulado *El jefe de la familia y otras páginas*, (Santiago: Zig-Zag, 1956), incluyendo allí su única pieza teatral nunca estrenada.

brevemente sobre ambos porque allí ya se perfilan algunos esbozos de ideas más generales sobre varios asuntos y, en particular, sobre el quehacer literario apuntando hacia concepciones americanistas.

En el artículo de 1859, bastante poco visitado por la crítica, Blest Gana despliega una curiosa tesis sobre la dignidad de los llamados “talentos secundarios”, idea que había tomado en préstamo del escritor, periodista y político francés Eugène Pelletan. Munido de metáforas astronómicas: “No es sólo la luz de los planetas la que alumbra y fecundiza nuestro globo” (449) y botánicas: “tened constancia y veréis convertirse en flores las que creáis zarzas i malezas” (450), el joven escritor dibuja en ese breve artículo un panorama de lo que considera el avance de la literatura nacional.

En América —dirá— suelo pobre aún de notabilidades literarias, puede reclamarse mejor que en cualquier punto de Europa la consideración i el apoyo para los talentos secundarios: de ese modesto círculo, bien podría, más tarde adelantarse el hombre en cuya frente el dedo de Dios hubiese estampado el sello resplandeciente del genio. (Blest Gana, 452).

La alusión a la importancia de los escritores de segunda línea, esos “talentos secundarios” que rodean a los grandes escritores, parecía pronosticar su propio papel en el escenario de la literatura chilena, en ese momento, y al mismo tiempo le servía de escudo, en caso de que su incipiente trayectoria no resultase tan solar como llegó a serlo efectivamente. Ya en relación con su afirmación de América como un “suelo pobre aún de notabilidades literarias”, sabemos que la consideración de nuestro

continente como un territorio descalificado, aún en proceso hacia una plenitud y la convicción acerca de su pobreza cultural, política y social con respecto a los modelos del viejo continente, fue una verdad *sine qua non* para muchos intelectuales durante todo el siglo, por lo menos hasta que, hacia 1890, Martí iniciaría una larga y accidentada defensa de lo americano como un valor en sí mismo.

Algunas de las ideas expuestas en ese primer artículo serán recogidas en el célebre discurso de 1861 que traza paralelos entre la historia, la política, la economía y la cultura hispanoamericanas hegelianamente consideradas en pleno pasaje de la infancia a la vida adulta. Dentro de un contexto de oposiciones entre aquello que se entiende por cultura madura productora de modelos, y el universo intelectual latinoamericano concebido como en proceso de formación y a camino de su perfectibilidad, el futuro miembro de número de la Universidad de Chile defendía en su discurso de admisión que los diferentes géneros literarios debían unirse con miras a un objetivo común de construcción nacional. Dentro de la misma pauta de tantos idearios a lo largo de toda América, se trataba de un movimiento contradictorio de oscilación entre lo que se quería superar del legado extranjero y el empeño por construir imaginarios propios a partir, justamente, del ejemplo de modelos extranjeros.

Por otro lado, poco frecuentes fueron los momentos en que, a lo largo de su vasta producción ficcional, Blest Gana utilizó portavoces para exponer directamente sus ideas sobre política, sobre historia o cualquier otro asunto. Se trató de un hombre ponderado, y en esto la crítica es unánime, ajeno a

arengas y a debates, propenso a mantenerse en un lugar de supuesta imparcialidad, lugar construido durante toda una vida, con esmero y dedicación.

Injustamente desconocidas, son estas crónicas que no han vuelto a publicarse desde que fueron recogidas por Raúl Silva Castro, en 1956. La verdad es que todo ese material guarda el mayor interés cuando se trata de establecer las directrices de base en de su proyecto literario y, sobre todo, en el horizonte de preocupaciones que lo alimentaron.

Alberto Blest Gana estrenó en el periódico *El Museo* dirigido por el amigo de toda la vida Diego Barros Arana, en 1853, como cronista con dos entregas y como novelista con su primera novela, *Una escena social*. Después, entre 1859-60, entregó doce colaboraciones a *La Semana* de los hermanos Arteaga Alemparte con los seudónimos Abejé, Nadie y Solama, lanzando de forma alternada, tanto sus novelas de folletín como sus crónicas.

Tras un intervalo de dos años, y después de recibir el primer premio de literatura de la Universidad de Chile, en 1861, por su octava novela, *La aritmética en el amor*, retomaría su labor con doce entregas para *La Voz de Chile* en 1862, año especialmente fructífero, en que iba a publicar también tres nuevas novelas *La venganza*, *Martín Rivas* y *Mariluán*. Hasta 1864, saldrían a la luz algunas crónicas esparzas para *El correo del Domingo* y *El Independiente*, pero ya por esos años iba a iniciar las gestiones de su ingreso al servicio diplomático que lo transformarían en un chileno expatriado hasta el fin de sus días. Como se sabe, el escritor dejaría de lado su pluma durante casi treinta años para dedicarse de forma exclusiva a la diplomacia. Volvería a retomar la escritura sólo en las postrimerías del siglo para escribir

sus últimas cuatro novelas. Han permanecido hasta hoy como una incógnita las razones que lo llevaron a ese largo hiato.

En lo que respecta a su labor de juventud, como cronista, podríamos establecer dos líneas de desarrollo: de un lado tenemos los cuadros de costumbres, textos del periodismo decimonónico latinoamericano que se hicieron a la tarea de “forjar naciones al describir y promover estilos de vida, reiterando costumbres como rituales cívicos [en los que se] afirmaba la nacionalidad glosándola.” (Rotker, 2005,192). Si bien en el caso de este cronista chileno, la adhesión a los cuadros descritos esté siempre contaminada por una mirada distanciada que destila cierta ironía. Mucho más al sabor del español Mesonero Romanos o al de un Machado de Assis que al de un Ricardo Palma, sus escritos forman parte, sin lugar a duda, de “ceremonias de construcción de la nación”, valiéndome de la expresión de Juan Poblete (2003, 141); la otra línea de desarrollo de la crónica en Blest Gana apunta a un grupo menor de textos, en los que teje comentarios puntuales sobre la contingencia política y eventos destacables del día a día de la Santiago de ese tiempo. Las doce entregas que publicó entre abril y julio de 1862 con el título “Conversaciones del Sábado” en el periódico fundado por Manuel Antonio Matta, *La Voz de Chile*, son ejemplos de esa vertiente.

La diferencia de registro entre estas doce crónicas y las demás es tan evidente que la mencionada recopilación de José Zamudio, de 1947, las eliminó en función de lo que imagino haya sido el criterio editorial adoptado que enfatizaba lo literario y costumbrista y no la contingencia histórica. De hecho, el lector alejado de esa contingencia encontrará dificultades para

localizarse con respecto a muchos de los eventos puntuales y del momento que allí se comentan, mencionados por medio de metáforas y alusiones. Aquí el narrador ponderado le cede espacio a un comentador activo (aunque nunca beligerante ni demasiado arriesgado), siempre irónico y, sobre todo, con una gran dosis de desencanto frente a un desarrollo de la cosa política que él parangona en más de una oportunidad con una coreografía circense.

Gracias a la labor del infatigable Raúl Silva Castro², estos documentos se salvaron del olvido en la edición de 1956 y en su conjunto ofrecen otra faceta más del escritor.

La primera y escueta mención a la cuestión americanista se da en la entrega de “Conversaciones del Sábado” del 19 de abril de 1862. Se trata de un breve comentario escrito en los moldes metafóricos que recién comentamos, por los cuales el cronista va a referirse puntualmente a las situaciones de México y Uruguay:

[...] nadie duda de que los gobiernos europeos quieren aplicar a las repúblicas sudamericanas la ley que los comentadores, incluso Gregorio López, designan con el nombre de *ley del embudo*. Informados tal vez de que por acá se ha descubierto que el modo mejor de hacer pagar las deudas es el de concursar al deudor y mandarle a la cárcel, las orgullosas representantes de la civilización moderna se han apoderado, para mientras, de las aduanas de México y del Uruguay, a fin de dejar a esos pueblos en plena libertad para pronunciarse por una forma de gobierno que asegure la estabilidad de las relaciones internacionales. Así quedan los ciudadanos de los negocios pecuniarios de esas dos repúblicas desembarazados y pueden, con más

2 Si los análisis e interpretaciones de Silva Castro no son su fuerte, debe admitirse el enorme valor de su labor historiográfica y documental.

holganza, reflexionar sobre las ventajas del sistema monárquico, que les presentan como panacea de sus quebrantos. Por esto es tal vez que el Presidente de la República del Uruguay dice en su mensaje al Congreso que el país “sigue trillando la senda del progreso”, lo que hace pensar a algunos asustadizos que en ese trillar continuo se corre el peligro de que todo se convierta en polvo y paja. (Blest Gana, 1956, p. 224-225)

Conviene recordar que la expresión *ley del embudo* (en cursiva en el original) indica algún tipo de transacción parcial e injusta según la cual unos se quedan con la parte más ancha del embudo y otros, con la más estrecha. La referencia a Gregorio López es difícil de situar con exactitud, pero su mención aquí nos lleva a pensar que puede tratarse del comentarista asturiano (Salamanca, 1555) de *Las siete partidas* de Alfonso IX. Blest Gana está refiriéndose a las condiciones desiguales de los acuerdos internacionales promovidos por los intereses económicos de las potencias europeas que aquí él describe, no sin buenas pitadas de ironía, como “las orgullosas representantes de la civilización moderna”, que vienen a presentarle a los latinoamericanos “la panacea de sus quebrantos”. Si nuestra hipótesis sobre la referencia a *Las siete partidas* es correcta, la idea sería que las dinámicas injustas y nada equitativas de las transacciones europeas con América se iban pautando por leyes ya comentadas en el siglo XVI.

En México las deudas con los intereses europeos, franceses en particular, desembocarían en la instalación del dominio austrohúngaro con el emperador Maximiliano de Austria en el palacio de Chapultepec, desde 1863 a 1867; ya en Montevideo también se discutía la posibilidad de un “protectorado”

francés para “pacificar” al país y es esto lo que Blest Gana comentaba en su crónica de 1862. La idea de una intervención de la monarquía francesa en el Uruguay venía arrastrándose desde los años 1840, aunque, de hecho Europa terminó optando por mantener su control desde fuera, con manejo indirecto por vías económicas. (Etchechury, 2014, p. 60-74). Los ataques europeos a las recién independizadas repúblicas del continente sudamericano eran una amenaza de hecho. Por otra parte, hacia 1848 también ya se habían extendido los tentáculos de los “americanos del Norte”³ sobre México. En Chile, Francisco Bilbao y Benjamín Vicuña Mackenna (amigo fraterno de Blest Gana) venían discutiendo el problema de la defensa de las soberanías nacionales en la región desde la década de 1850 (Bottinelli; Sanhueza, 2017; Sanhueza, 2020). Es decir que el pequeño párrafo de esta Conversación del Sábado traía a colación un tema que iba adquiriendo cada vez más relieve por esos días en los medios de prensa de Santiago.

En la próxima entrega, del 26 de abril de 1862, Blest Gana se expresaba más abundantemente sobre comentarios con respecto a las recién fundadas Uniones Americanas en Chile que seguían la huella de la del Perú y se extenderían por todo el continente durante la década de 1860, con el objetivo de hacerle frente a las investidas de las potencias europeas (las “autonomías gordas”) contra las soberanías y autonomías nacionales (“las autonomías flacas”):

3 Como lo llama Benjamín Vicuña Mackenna, en un artículo de 1856 (*Apud*. Bottinelli y Sanhueza).

[...]

Para hacer frente las primeras [autonomías flacas] a las segundas [autonomías gordas], han principiado a administrarse a sí mismas el saludable tónico de la unión. Así tenemos a la Unión Americana de Valparaíso formada en estos últimos días, a semejanza de la de igual clase nacida en el Perú.

No creemos que las flacas autonomías tengan que pasar, para fortalecerse, del tónico unionista al tónico ferruginoso mezclado con acero, que es como se modifica cuando es un pueblo en lugar de un individuo el que tiene que tomarlo para adquirir vigor; pero no por eso somos de los que niegan la importancia de semejantes asociaciones, porque nos parece que nunca serán perdidos los esfuerzos que se hagan para mantener vivo y ardiente el amor de los pueblos americanos a su independencia y a su forma democrática de gobierno.

Es el caso, además, que las uniones se van complicando, porque al lado de la Americana de Valparaíso ha surgido también en el mismo puerto la Unión Liberal, mientras que en Santiago existe una de ese nombre.

En la *malilla* política, como se ve, Uniones son triunfo. Con ellas la opinión se lisonjea de hacer las bazas principales. Mas como toda malilla política es, por naturaleza *cara de perro*, allá veremos quien abarrota y quien levanta cartas, al contrario.

Sea como fuere, si los encargados de dirigir estas uniones despliegan el tino que el país tiene derecho de exigirles; si los asociados se empeñan en difundir las máximas sanas de la libertad; si contraen su empeño al estudio de la democracia racional y bien entendida, sin inspirar a los menos ilustrados principios erróneos acerca de su acción y sus derechos, el fruto de sus trabajos no podrá dejar de ser provechoso al país. Ganará terreno el sentimiento liberal uniformándose; verán los pueblos que la unión de las distintas clases sociales en el centro común de la dignidad y del derecho, inspira más respeto que las protestas apoyadas en las armas, porque lo primero evita la opresión en vez de combatirla como lo segundo; y por medio de la comunicación que necesariamente ligará entre sí a las distintas asociaciones,

los dispersos elementos de la acción liberal trabajarán en el pacífico terreno de la propaganda y lograrán el triunfo de su causa, no por el aniquilamiento de los adversarios, sino por el aumento natural de los prosélitos.

Pero, debemos repetirlo, el éxito depende de los llamados a dirigir estas sociedades, y la misión que les cabe es delicada. No existe, es cierto, ninguna ley que regle la marcha que deberán seguir para cumplirla [...] (Blest Gana, 1956, p. 238-239)

Blest Gana celebraba la creación de la serie de Uniones Americanas en el territorio nacional. Recordemos que ese mismo año se iniciaba la campaña napoleónica para invadir México, hecho que se iba a concretar al año siguiente con la coronación del emperador Maximiliano. Por el otro flanco, España amenazaba las costas del Perú, conflicto que desaguó en 1864, en la guerra contra España ante la amenaza de ocupación de las islas Chinchas. En ese sentido, la importancia de la reciente creación de la Unión Americana de Valparaíso, de la Unión Liberal “del mismo puerto” y de la Unión Liberal de Santiago “a semejanza de la de igual clase en el Perú”, significaban para él un espíritu de unificación americana por la vía pacífica contra esos ataques. Por otra parte, cabe resaltar la reiterada inflexión del texto hacia la solución no violenta de esos conflictos, postura que contrasta significativamente con la del diplomático plenipotenciario quien, menos de veinte años más tarde, sería el principal articulador chileno en Europa, durante la Guerra del Pacífico contra el Perú, comprando armamento, buques de guerra y articulando redes de espionaje⁴.

4 Así lo prueba la correspondencia que mantuvo con los gobiernos y personeros chilenos a lo largo de esos años 1879-1883. En José Miguel Barros Franco (Org.), *Epistolario de Alberto Blest Gana*, Tomol. II. Santiago: DIBAM, 2011.

El elogio de las iniciativas unionistas en 1862 es comedido (“allá veremos quien abarrota y quien levanta cartas, al contrario), la cosa política le merecía siempre sospechas a Blest Gana. El mismo que ese año publicaba su novela más famosa, *Martín Rivas*, donde incluye el episodio histórico de la Sociedad de la Igualdad de 1850 que como nos informa el narrador, “contaba con más de ochocientos miembros y ponía en discusión graves cuestiones de sociabilidad y de política” (Blest Gana, 1998, p. 114) Dicha agrupación que sería emulada en varias provincias a lo largo del país y que congregaba por primera vez unidos a obreros, artesanos e intelectuales liberales en torno a un proyecto político de emancipación social, sería violentamente reprimida por el gobierno conservador de Manuel Montt. En *Martín Rivas* el episodio culmina con la muerte de uno de los personajes blestganianos más emblemáticos, Rafael San Luis, evidentemente inspirado en Francisco Bilbao, fundador de la Sociedad de la Igualdad. Compleja y contradictoria figura la de nuestro mayor novelista decimonónico cuyas posiciones liberales, a pesar de evidentes, las manifestó de forma siempre “parca y disimulada” (Araya, 1975). Ya como cronista, en varias oportunidades se permitió enunciar de manera más directa sus opiniones acerca de las costumbres, de la cosa pública, de la política y de la economía.

En este sentido, cabe detenerse en la peculiar –porque vehemente y extemporánea dentro de su estilo– protesta contra la propuesta liberal de proteccionismo para la industria nacional. Apenas ha terminado de comentar y justificar la creación de las Uniones Americanas, sigue con el siguiente raciocinio:

[...] pero allí está la lógica de los principios, que también es inexorable. No vemos entretanto cómo, sin falsearla, la Unión Liberal de Valparaíso ha podido dejar en las bases de sus estatutos el artículo 5º, que dice:

”La protección a la industria nacional hasta donde lo permita el interés bien entendido del Fisco y de la comunidad”.

Sin entrar a discutir este artículo, por no ser el lugar a propósito para ello, diremos solamente que la parte final no basta a paliar el alcance de la primera línea. Protección y liberalismo se excluyen como principios esencialmente opuestos en su objeto. En materia económica, no puede existir éste donde se haga sentir en los más mínimo la primera; por esto es que los gobiernos, si bien deben fomentar con empeño la industria nacional, no pueden jamás protegerla, en el sentido que la ciencia asigna a esta palabra. (Blest Gana, 1956, p. 239)

Blest Gana no concibe que el liberalismo político acoja medidas económicas para proteger a los productores nacionales. Para entender esta posición se hace necesario pensar en la valoración y concepto del liberalismo en el Chile de mediados del siglo XIX. En este sentido, la llegada en 1855 del publicista democrático francés, Jean Gustave Courcelle-Seneuil a Santiago, es fundamental. Trabajó como docente de la cátedra de economía política en la Universidad de Chile e intervino en las altas esferas y decisiones políticas locales hasta su partida, en 1863. Discípulo de Tocqueville y en algunos aspectos cercano a Stuart Mill, fue cultivado por liberales y conservadores, entre los cuales Encina, Barros Arana e incluso Lastarria (Hurtado, 2007, p. 5). Su tesis central era el liberalismo en la gestión política con el objetivo de defender la democracia contra el autoritarismo. En lo que concierne a la economía, rápidamente esa filosofía liberal arribó entre sus discípulos, en

concepciones como el *laissez-faire* en términos bancarios, tributarios y aduaneros. El año en que nuestro autor redactaba sus crónicas para *La voz de Chile*, las ideas de Courcelle-Seneuil, que ya se iba de regreso a Francia, eran la pauta y representaban lo más avanzado en términos de una ciencia económica progresista. (Mac-Clure, 2011, p. 100). Después de su establecimiento en Francia, desde finales de la década del sesenta como embajador plenipotenciario, Blest Gana mantuvo contacto con Courcelle Seneuil e incluso escribió al presidente Aníbal Pinto, en 1878, sugiriendo que el gobierno chileno lo volviera a contratar para ayudar a solucionar la seria crisis económica de ese año. La carta muestra a un Alberto Blest Gana perfectamente al tanto de las cuestiones y pormenores técnicos de la economía y apoyando enfáticamente las propuestas del francés para sanear las dificultades, entre otras, la de estimular la especulación comercial y la “reforma de los derechos de aduanas en un sentido liberal”.⁵

Esta crónica muestra en su filigrana la forma como un puñado de intelectuales, relacionados entre sí por sangre o por clase, manejaban los rumbos inciertos del aparato de gobierno. Bernardo Subercaseaux también lo formuló así:

En Chile [...], el uso en la época de la expresión vecindario decente implicaba la conciencia de un clan privilegiado [...] Entre 1831 y comienzos del siglo XX una sola de las familias más influyentes de la oligarquía criolla aportó cuatro presidentes y 59 parlamentarios.” (Subercaseaux, 1997, p. 179).

5 Carta a Aníbal Pinto del 16 de abril de 1878. En Barros Franco, *op.cit*, Tomo I, p. 722-725.

Manuel Antonio Matta, uno de los integrantes de la facción anti-gobierno, durante el mandato de José Joaquín Pérez, que en 1862 había promovido la salida, en bando del ala liberal del ministerio, era amigo personal de Blest Gana; también lo eran José Victorino Lastarria que iba a asumir uno de los nuevos cargos en el futuro ministerio y Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna. Todos ellos harían avanzar de manera contradictoria los idearios políticos liberales americanistas participando activamente en los destinos de la historia chilena del periodo.

Con relación al sentimiento americanista que orientaba los discursos oficiales desde los primeros años de la Independencia y que, hacia 1862, respaldaba los idearios de las Uniones Americanistas (Bottinelli, 2018), el breve comentario de Blest Gana aquí registrado es bastante reticente. Al contrario de un Lastarria, de Bilbao o de Vicuña Mackenna, nuestro mayor escritor del siglo XIX desconfiaba de las buenas intenciones bolivarianas que orientaban las manifestaciones solidarias de los parlamentares en favor de los países “hermanos” contra Europa y Estados Unidos. Había leído a Balzac e intuía que, llegado el momento de ajustar cuentas o de restringir territorios, esas intenciones se irían por agua abajo (“la malilla política es por naturaleza cara de perro”). Es lo que iba a ocurrir menos de veinte años después, en 1879, cuando se inició el sangriento conflicto de la guerra del Pacífico contra Bolivia y Perú, en la cual él, como ya comentamos, mantuvo una participación estratégica desde Europa. De hecho, tampoco las fronteras de Chile con Argentina serían nunca un tema tranquilo (Lacoste, 2002).

Blest Gana se muestra siempre atento a las contradicciones fundamentales de la sociedad chilena desde sus inicios, atento al poder que los intereses económicos operan en todos los niveles del armazón nacional. Su novela *Durante la reconquista*, de 1897, en la que el escritor se remite a los años de la reocupación española entre 1814 y 1817, no fue “una oda a la resistencia chilena en bloque contra la tiranía de ultramar” (Hosiasson, 2020, p. 176). Al contrario, allí se hace evidente que los chilenos estaban divididos y cómo, “las familias realistas, ufanas del triunfo de su causa” eran tan chilenas como los patriotas de la resistencia.

La índole moderada del escritor tan comentada por sus críticos desde siempre y que lo lleva, en estas crónicas, a desconfiar de la efectiva injerencia de las Uniones Americanas en el siglo XIX, me parece que merece atención. Al contrario de sus amigos y relaciones directas en ese momento, él dejaba de lado cualquier romanticismo eufórico y se anticipaba previendo las muchas dificultades que iba a encontrar ese tipo de propósito unitario en la región, especialmente en virtud de las presiones económicas. La historia contemporánea de América Latina no ha hecho sino corroborarlo, con los desafíos que se han debido enfrentar para darle secuencia concreta a acuerdos poderosos de unión regional como, por ejemplo, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) creada en 2011. Aunque este constituye ya otro capítulo

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blest Gana, Alberto. *El jefe de la familia y otras páginas*. Raúl Silva Castro (org.). Santiago: Zig-Zag, 1956.
- Barros Franco, José Miguel (org.). *Epistolario de Alberto Blest Gana*. Santiago: DIBAM, 2011.
- Bottinelli, Alejandra y Sanhueza, Marcelo. “Dos textos americanistas de Benjamín Vicuña Mackenna”. In: *Anales de Literatura Chilena* 28, 2017, p. 193-214.
- Bottinelli, Alejandra y Sanhueza, Marcelo. “Un Chile americanista”. In: Grínor Rojo (org.). *Historia Crítica de la literatura chilena, Tomo II*. Santiago: LOM, 2018, p. 172-202.
- Etchechury Barrera, Mario. “Periferias imaginadas. Guerras facciosas y sueños protectorales en el Río de la Plata (1838-1865)”. In: *Revista Prohistoria*, 2014.
- Dávila, Luis Ricardo. “La expresión literaria de la nación hispanoamericana”. In: *Revista Chilena de Literatura*, n. 63, 2003.
- Hosiasson, Laura Janina. “Alberto Blest Gana: el mosaico final”. In: Grínor Rojo (org.). *Historia Crítica de la literatura chilena, Tomo III*. Santiago: LOM, 2020.
- Hurtado, Cristina. “La recepción de “Courcelle-Seneuil, seguidor de Tocqueville. In: *Chile*” en *Polis* 17, 2007.
- Lacoste, Pablo. “La guerra de los mapas entre Argentina y Chile: una mirada desde Chile”. In: *Historia (Santiago)* 35, 2002, p. 211-249.
- Mac-Clure, Oscar. “El economista Courcelle-Seneuil en el período fundacional de la economía como disciplina en Chile”. In: *Revista Universum*, n. 26, 2011.
- Poblete, Juan. *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autorales*. Santiago: Cuarto Propio, 2003.
- Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Sanhueza, Marcelo. “Francisco Bilbao en la encrucijada imperial: América Latina frente a ‘Saturno rejuvenecido’”. *In: Revista Chasqui*, n. 2, 2020.

Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Tomo I. Santiago: Universitaria, 1997.